



Un cielo en común: Eróticas lésbicas para una bisexualidad nómada

Por Ianina Moretti Baso¹ y
Vir Cano²

i. Tras las huellas de una provocación

“Mintieron. No hay separación entre la vida y escribir”
Gloria Anzaldúa

En mayo de 2023, justo un año antes de escribir este trabajo, Beto Canseco y Bruna Mendes (UFABC, Brasil) dieron un taller que se llamó “Escribir es como abrir las piernas”, y versaba sobre algunas provocaciones cuir de la feminista chicana Gloria Anzaldúa en relación con la escritura.³ Su trabajo funciona tanto en una interseccionalidad de sexualidad y raza cuanto en el entrelazamiento de géneros literario y teórico, poético y activista. En aquel taller, una consigna fue que quienes estábamos ahí escribiéramos. Algunas condiciones lo hicieron posible: la exposición, clara y potente, sobre la autora y sus legados, y otra fundamental, el tiempo. Tuvimos tiempo, compartido y silente, para dedicarnos a escribir. Tan simple y tan necesario en estas eras de vorágine y falta de aliento. Un regalo de Anzaldúa, de Beto, de Bruna y de esa pequeña concurrencia cuir que se dispuso a un encuentro bello y anacrónico como es el epistolar.

En el libro de varias autoras llamado *Esta puente, mi espalda*, Anzaldúa publica “Hablar en lenguas. Una carta a escritoras tercermundistas”. Se dirige a las mujeres de color, a sus compañeras de escritura, y recorre tonos de piel de esas compañeras. Habla, en definitiva, de la lesbiana de color: “hablamos en lenguas como repudiadas y locas” (1988, p. 220). Sigue vigente su advertencia al fe-

1 FFyH, UNC

2 IIEGE-FFyL, UBA/CONICET

3 En el marco del ciclo de formación del Área de Formación en Género, Sexualidades y ESI de la FFyH.

minismo blanco, al feminismo académico. Nos vuelven crudas sus preguntas por lo acomodaticio de ciertas teorías, despojadas de su razón política, relacional. En todo caso, deja vivo el interrogante que aquí recuperamos: “¿Por qué me siento tan obligada a escribir?” Entre las respuestas que da, decía: “Porque la escritura me salva de esta complacencia que temo” (1988, p. 221). Escribir, entonces, en la incomodidad, en el destiempo, en el borde y en el riesgo: el pequeño riesgo personal, singular, que tomamos en el amigable marco de unas jornadas de teorías tortilleras.

Con toda la antedicha provocación, lo que escribimos aquel día fue una carta. Algunas de las preguntas que impulsan este trabajo se gestaron en ese encuentro, o se recuperaron de viejas conversaciones con amantes, con amigas, con compañeras... hoy estos interrogantes sobre la propia bisexualidad aparecen habilitadas por una lesbiana. La extranjería de la que habla Anzaldúa tomó entonces un cariz sexual, como la orientación/desorientación que nos inclina hacia unos cuerpos, entre otros cuerpos. La figura de la extranjera parecía funcionar con la de la bisexual, en ese caminar entre mundos, caminar la frontera, seductor en su desafío pero también agotador. Ante la desagradable pregunta “¿ya te definiste?”, la errancia sexual parece imperdonable. Mezclar idiomas, mezclar lenguas incomoda. Sin embargo, la bisexualidad guarda la promesa de aquel viejo dicho: *en la variedad está el gusto*. La tensión de la extranjería nos trajo a la orilla estas preguntas: ¿de dónde se van las bisexuales? ¿de dónde las echan? ¿Qué llevan consigo, en este viaje sin destino final? No podremos fundar una patria pero sí quizá hacer pie en nuestras palabras; como hicimos pie en Anzaldúa y ahora buscamos hacerlo a cuatro pies, a cuatro manos.

En un relato de Anzaldúa sobre su paso por una universidad en tanto profesora lesbiana, cuenta que un alumno comentó: “Yo pensaba que homofobia significaba miedo de ir a casa después de un período de residir en otro lugar” (Anzaldúa, 2016, p. 61).⁴ ¿Cuál es la casa de lxs bisexuales? ¿Y la de las tortilleras? ¿Tenemos acaso una casa en común o nos une un cielo abierto? ¿De dónde se nos echa y a dónde es que se vuelve? Si es que acaso se vuelve, si es que

4 La confusión productiva viene de la similitud en inglés “*homophobia*” y “*homophobia*” (*home*: casa).

pensamos en volver. Anzaldúa pensaba la frontera en relación con un territorio, a un cuerpo y una lengua que se negaban a ser leídos como traición: “Nos da miedo que nos abandone la madre, la cultura, la Raza, porque no somos aceptables, somos defectuosas, estamos estropeadas” (Anzaldúa, 2016, p. 61), asume. Habla de lo lésbico, y quizá es una frontera que se puede parafrasear, repensar, tensionar y friccionar desde la bisexualidad, esa traicionera vieja, lo peor de los dos mundos: una heterosexualidad fallida, una homosexualidad no del todo visible. La contaminación de la (mono)norma y la puerta entreabierta del consabido closet. Un vaivén que no solo cruza la frontera sino que tiene que habitarla.

Si la identidad sexual ha sido bandera, la errancia sexual no se perdona. Acusada de reificar un binarismo con el que también se señala a otras disidencias, la bisexualidad pervive en la infamia del ni – ni. Hace algunos años (2019, prepandemia, el tiempo pasa) algunas compañeras publicaron el libro *Bisexualidades feministas*. Como dice María Luisa Peralta, ese libro es necesario, oportuno y conmovedor. Vuelve sobre lo escandalosa que resulta la bisexualidad incluso en los espacios disidentes, en los feminismos. Repasa “el origen del mito” –la bisexualidad no existe–, las acusaciones de traición, los destierros, las alianzas, los deseos y hasta las continuidades; Mayra Lucio, por ejemplo, juega con la denominación “torta-bi”. Junto a lo que proponen aquellos textos, seguimos leyendo a contrapelo las historias bisexuales, en sus ensayos activistas y en las experiencias personales, con la sospecha de relevar puntos de contacto entre la bisexualidad y lo lésbico. En la escritura y la exploración compartida entre unx lesbianx y una bisexual, una escucha cuir puede quizá reconciliarnos con los deseos ambiguos y las puertas bien abiertas. Una frontera y una intemperie compartida quizás no sean exactamente una casa, pero pueden ser un lugar para co-habitar con otrxs, en complicidades tortilleras y afecciones cuir.

ii. En los bordes porosos del exilio: una intemperie compartida

Quizás lo que une y pone en contacto f(r)iccional a lo lésbico y lo bi no sea otra cosa que un exilio en común, una partida, un abandono,

una traición, un cruce o un pasaje, una manera bastarda de habitar y transgredir la frontera de la heterosexualidad. Si, como afirma nuestra musa intelectual Monique Wittig (2010), el primer contrato social (oculto) no es otro que el de la heterosexualidad, bisexuales y tortillerxs nos encontramos no solo en las camas y en las marchas, sino también en ese umbral de orfandad que supone abandonar la casa de la heteronorma. Quienes osan romper el contrato social se ubican más allá de la normatividad y las costumbres aceptadas, de ese éthos que instituye el contrato que nadie firmó pero que está implícito en la organización política, económica y afectiva de nuestro mundo:

Según Rousseau, el contrato social es la suma de una serie de convenciones fundamentales que aunque nunca han sido enunciadas formalmente, están sin embargo implícitas en el hecho de vivir en sociedad. Lo que es especialmente estimulante para mí de lo que dice Rousseau es la existencia real y presente de un contrato social: sea cual sea su origen, existe aquí y ahora y, como tal, es susceptible de ser comprendido y de que actuemos sobre él. Cada firmante del contrato tiene que reafirmarlo en nuevos términos para que siga existiendo (Wittig, 2010, p. 64).

Las existencias y deseos lesbianos y bisexuales, entre otros, desafían dicho contrato social y las convenciones que organizan lo común. Y esto comporta al menos dos consecuencias: por un lado, muestra el carácter excluyente de dicho contrato social, el efecto “extranjerizante” de sus fronteras, podríamos decir; por el otro, alumbraba una inquietante posibilidad: es posible imaginar y vivir de otro modo, con otras costumbres, en otros arreglos vinculares, económicos, afectivos. Foucault, que fue contemporáneo de Wittig, señalaba cómo la anomalía es el exterior constitutivo de la norma, aquello que en tanto “perverso”, “anormal” o “patológico” resguarda al modo del contrapunto la legitimidad de la norma. Por eso, como observamos con enorme rabia y tristeza estos días, la frontera de los “buenos ciudadanos”, de la “gente de bien”, requiere de un otro, de los “malos”, lxs degeneradxs, lxs que no son parte de ese conjunto y aún así, lo delimitan. Por esto mismo, dirá Foucault en *Los anormales*, la norma no es solo un principio de inteligibilidad y clasificación, sino también un principio correctivo. La “exterioridad” que instituye (un “exterior” interno, y funcional, deberíamos decir) señala el ámbi-

to de las anomalías que el dispositivo biopolítico deberá identificar (a la vez que producir), para poder intervenir, disciplinar y controlar. Por eso, insistirá Foucault, como Anzaldúa, es necesario desafiar las lógicas del adentro y del afuera, para aprender –en un ejercicio crítico del límite– a habitar la frontera que pone en jaque y tensiona, y a veces incluso amplía, los límites de nuestro tiempo: “Se debe evitar la alternativa del afuera y del adentro: hay que estar en las fronteras. La crítica es en verdad el análisis de los límites y la reflexión sobre ellos” (Foucault, 1984, p. 104). El exilio, podríamos decir, producto de un contrato social que no es hospitalario, se puede pensar como un modo de habitar la frontera que, como vemos, es constitutiva y destitutiva a la vez. Garantía de un nosotros y también, como señala Butler, el límite que crea la abyección, esa zona fantasmática del repudio y el rechazo psico-social. Entonces, podríamos preguntarnos si acaso en el exilio y la orfandad es posible pensar algo así como una casa en común, o quizás deberíamos abandonar el lenguaje oiko-nómico (esa ley del hogar de la economía a la que refería Derrida) para pensar en una intemperie compartida, aunque no necesariamente simétrica.

Habitar la frontera, tocar con la lengua y los cuerpos su borde filoso, ir y venir en una lógica de errancia bi-sexual, puede ser un modo de abrir un sitio de dislocación, un lugar de horadación de ese mismo pacto sexual que cuesta dolores, vidas y deseos. En la “experiencia de un franqueamiento posible”, diría Foucault, anida un ejercicio de libertad. Tal vez la zona de promesas de una sociedad o de una comunidad otra habite allí, en el limbo, en el zigzaguo, del otro lado de la casa “segura” de la hetero-cis-sexualidad, en el cielo abierto de lo que no debería ser y aún así es, existe, resiste e insiste.

Quienes saben del exilio, conocen los riesgos y los placeres que anidan en él; por eso también debemos estar atentxs a los modos en que jerarquizamos nuestras diversidades/disidencias sexuales, para evitar producir un exilio en el exilio, una nueva orfandad en la intemperie que puede ser, si la pensamos como un cielo abierto, un sitio en común, un territorio esquivo y multiforme en el que cabe-mos muchxs.

iii. Placeres cuir y políticas sexo-afectivas del disturbio

En su libro *Affirmative Acts*, June Jordan escribe un capítulo sobre “Bisexualidad y pluralismo cultural” donde trama su propia interpretación del pluralismo, y cómo debe suponer un pluralismo sexual que haga lugar a la libertad bisexual. En el texto, critica el condicionamiento de la “claridad” como modo de construcción de realidad en términos de “either/or” (“o esto o lo otro”). Por ejemplo:

Me amás o no me amás. Me amás o amás a otra persona. Se supone que estas formulaciones llevan a conclusiones claras que vacían de, o evitan, complejidades como “Me amás y no soy la única mujer a la que amás”. Pero la complejidad es la esencia de todo lo real.⁵ (Jordan, 1995, p. 132)

Jordan aborda la cuestión de la bisexualidad desde una crítica a las políticas sexuales, en los términos en los que las ha planteado Judith Butler, en tanto implican unas normas de reconocimiento sostenidas por un Estado-nación mono-sexual, monolingüe y racista. En ese sentido, Jordan analiza la inscripción grabada en la moneda estadounidense: *E Pluribus Unum*. Encuentra peligrosa esa consigna, “de muchos, uno”, en cuanto tiende a la homogeneización de las singularidades –tanto de sexualidad, como de raza y origen, entre otras-. La autora propone en cambio que el curso de la evolución es hacia la diversificación infinita: del Uno, muchxs. Por caso, habla de la pluralidad en la que se inscribe su compleja herencia (el origen de su padre y el de su madre, su escuela, su secundaria, y el crisol cultural que trae consigo). Contra aquella consigna supremacista, Jordan dirá “del uno, muchos, muchas, muchxs” (*from the one, many, many, many*) (1995, p. 136).

Más adelante, la poeta dice comprender el motivo por el que quienes se identifican como lesbianas o gays pueden querer condenar la bisexualidad, en un gesto que parece una emulación de la cultura dominante: “Es el miedo a que un estatus ya de por sí marginalizado y comprometido se vuelva confuso y/o oscurecido y/o extinguido por otra realidad sexual complicada que busca su seguridad y sus derechos” (Jordan, 1995, p. 138). Sin embargo, advierte que

5 Las traducciones son nuestras.

no puede trazarse esa línea divisoria en la libertad, en la equidad. Su poema “Pequeña nota para mis muy críticos y bienamados amigos y camaradas” parece volver sobre estas ideas:

Primero dijeron que yo era demasiado clara
Después dijeron que yo era demasiado oscura
Después dijeron que yo era demasiado diferente
Después dijeron que yo era más de lo mismo
Después dijeron que yo era demasiado vieja
Después dijeron que yo era demasiado interracial
Después dijeron que yo era demasiado nacionalista
Después dijeron que yo era demasiado tonta
Después dijeron que yo estaba demasiado enojada
Después dijeron que yo era demasiado idealista
Después dijeron todos juntos que yo era demasiado confusa:
¡Decidite!

Dijeron: ¿Sos combativa? ¿O dulce?

¿Sos vegetariana o comés carne?

¿Sos heterosexual? ¿O sos gay?

Y yo dije: ¡Ey, no soy yo la que tiene que entenderlo! (Jordan, 2019, p. 37)⁶

En tanto pluralista sexual, y autoafirmada como bisexual, finaliza su texto afirmando: “Cualquier limitación de los derechos de cualquier persona para existir nos pone en peligro a todxs y cada uno de nosotrxs, independientemente de la raza, clase, religión, etnia, sexualidad, género o tamaño corporal” (Jordan, 1995, p. 38). La advertencia parece estar en línea con la lectura butleriana de las condiciones de la cohabitación, que nos recuerdan a un tiempo la vulnerabilidad propia y la mutua interdependencia. Esa apertura sexual redundante en todos los cuerpos, no solo en quienes se identifican con la bisexualidad. También lo dice María Luisa Peralta: “en este contexto, atacar a las identidades individuales subalternizadas como irreales, frívolas, patológicas, desviadas o anormales, compromete la supervivencia personal y desactiva las posibilidades colectivas de resistencia y transformación de un orden sociosexual opresivo, explotador y aniquilador” (2019, p. 8). El prólogo de Peralta en el libro sobre bisexualidad es un gesto desde lo lésbico, como el que

6 Reversión propia de la traducción en el verso final.

*Un cielo en común:
Eróticas lésbicas para una bisexualidad nómada*

proponemos en este ensayo: alojador, hospitalario, promisorio en el encuentro.

La propia práctica escritural parece ir en el sentido de este encuentro. Más que componer identidades, el ensayo conjunto des-anda los casilleros de la sexualidad, efecto del éxtasis que, como ya decía Butler, nos des-hace ante el otro, junto a otrxs. val flores ha recuperado la palabra lesbiana, mas en la intimidad de la escritura la ha dotado de su politicidad-poeticidad polisémica:

Lesbiana es la visceralidad de un nombre que con su modulación incisiva mapea otros itinerarios posibles en el ordenamiento sexual de los cuerpos, abre los pasajes clausurados en las instituciones sociales del género, palpa las voces sepultadas en los regímenes del decir, escucha los deseos sumergidos en el currículum del gozo, y pone a jugar y a discutir la legalidad colonial de los conceptos desde los que se mira, se siente, se toca e interpreta el mundo y sus leyes que lo organizan taxonómicamente. (flores, 2017, p. 8)

El juego de la torta-bi, la ambigüedad del deseo com/partido, puede ser esa intemperie que, como el fracaso de Halberstam, ama la compañía. Los placeres raros nos pertenecen y se nos escapan a la vez, y en esa circulación disputan la orientación sexual como categoría fija y definitiva. En *La política cultural de las emociones* (2015), Sara Ahmed dedica un capítulo a reflexionar sobre “Sentimientos queer”, donde se pregunta por la familia como modo de reproducción de la vida y de la cultura, norma reguladora que funciona sobre los cuerpos como “lesiones por esfuerzo repetitivo” (Ahmed, 2015, p. 222). La desobediencia a esas normas, en cambio, puede tener un potencial afectivo que la autora investiga en los placeres queer. El placer en los estilos de vida o contraculturas queer implica cierto disfrute que, desde la incomodidad con las categorías hegemónicas, puede significar una respuesta política. En ese sentido, se pregunta por:

la manera en que el disfrute de las relaciones sexuales y sociales que se designan como “no (re)productivas” puede funcionar como una forma de disturbio político en una economía afectiva, que se organiza a partir del principio de que el placer solo es ético como incentivo o recompensa por una buena conducta (Ahmed, 2015, p. 225).

Junto a esta idea, entendemos que pensar sobre la comodidad es un buen punto de partida para reflexionar. Ahmed usa la figura del “sillón cómodo” para hablar sobre la norma heterosexual, que también puede transformarse en una homonorma (tema trabajado de manera eximia por Jasbir Puar). “Estar cómoda es estar tan a gusto con el ambiente propio, que es difícil distinguir dónde termina nuestro cuerpo y dónde empieza el mundo”, dice Ahmed; la comodidad permite la expansión de los cuerpos en los espacios. En cambio, no encajar parece achicar los espacios, volver patente los límites de los cuerpos: “La incomodidad es un sentimiento de desorientación: nuestro cuerpo se siente fuera de lugar, torpe e inquieto” (Ahmed, 2015, p.228). En esa desorientación, en ese miedo a volver a casa, se puede trazar un trayecto otro para los placeres bisexuales en la intemperie tortillera, para los placeres tortilleros en el nomadismo bisexual.

iv. Eróticas lésbicas para una bisexualidad nómada

Pero, entonces, ¿cuál, si acaso la hay, esa la zona de apertura que habita en la siempre riesgosa frontera de la hetero-cis-sexualidad? ¿Qué otras economías erótico-afectivas somos capaces de desplegar en el borde filoso de la ruptura del contrato social y sus guiones mono-normados? En su primer volumen de la *Historia de la sexualidad*, Foucault, luego de explicitar la genealogía biopolítica en la que inscribe al normalizador dispositivo de la sexualidad y su doble voluntad de saber, afirma que:

Contra el dispositivo de la sexualidad, el punto de apoyo del contraataque no deber ser el sexo-deseo, sino los cuerpos y los placeres. [...] Quizás un día, en otra economía de los cuerpos y los placeres, no se comprenderá cómo las astucias de la sexualidad, y del poder que sostiene su dispositivo, lograron someternos a esta austera monarquía del sexo, hasta el punto de destinarnos a la tarea indefinida de forzar su secreto y de arrancar a esa sombra las confesiones más verdaderas. (Foucault, 1995, pp. 191, 193-194)

Quizás, el disturbio político y erótico que anida en los placeres *cuir* nos permita franquear las trampas de la identidad (a la que se liga el dispositivo de la sexualidad y de las que muchas veces nues-

tros propios movimientos quedan presos, como lo han problematizado val flores, Paul Preciado y Judith Butler en otrxs), para explorar otra economía de los placeres y los cuerpos, otro modo de des/anudar la sexualidad a nuestras vidas, más allá de las políticas de la verdad, las jerarquías y las exclusiones que ello genera. Quizás, nuestro desafío sea habitar en las fronteras de la sexualidad, allí donde el deseo “abre” y no “cierra”, donde los cuerpos se encuentran en los placeres que se entregan al éxtasis de sí y no a la inmunidad de la prueba identitaria. Quizás debamos, más que volver a casa, permanecer allí donde eros es la flecha que perfora los límites porosos de nuestro presente, para abrirse a otras potencias de los cuerpos, los placeres compartidos, y la búsqueda de un cielo abierto en que el que quepamos muchas, muchos y muchos. Quizás no haya mayor disturbio, interrupción o contaminación que aflojar el nudo que liga la identidad a la sexualidad, la verdad de sí a nuestras eróticas del placer, para darle lugar a todo eso que (más que re-afirmar lo que somos), nos abre al riesgo de ya no ser quienes somos, para encontrarnos con otrxs en el sitio inquieto donde el sí mismo tambalea para que emerja la potencia aguerrida de un nosotrxs móvil, escurridizo, e incluso, ¿por qué no?, incierto.

v. Consideraciones sobre la práctica escritural conjunta

Desde las perspectivas que aunamos en este texto, la identidad aparece no como el origen o el original, sino como aquello que solo más tarde se condensa, y a veces eso es una necesidad estratégica. El reconocimiento de las prácticas sexuales como lo que hay que pensar del sexo (como decía Sedgwick), o incluso como lo que hay que “liberar” (en el sentido de desanudar y lanzar al campo abierto de la experiencia) de la identidad, nos habilita a pensar las prácticas sexuales afectivas y escriturales tortilleras como sitio posible de la bisexualidad y las afecciones cuir. Así, una erótica lésbica puede ser, ya no la casa a la cual regresa lx bisexual o en la cual se asienta cómodamente unx tortillerx, sino más bien un espacio flexible de deseo, placer y encuentro con otros cuerpos, con esas alteridades significativas que sin la esperanza de guarecer o resguardar un nuevo catálogo identi-

tario, nos convida un lugar de exploración y de ampliación de lo que somos (y de lo que no).

El sistema sexo/género permite una determinada circulación de los placeres y los afectos, en ciertos sentidos vectoriales que solo pueden ser desafiados a riesgo de la propia incomodidad, falta de reconocimiento y hasta muerte (como lo esgrime tan sintéticamente la consigna “la heterosexualidad mata”). Los placeres cuir, en cambio, pueden llegar a poner “en contacto cuerpos que los guiones de la heterosexualidad obligatoria han mantenido alejados” (Ahmed, 2015, p. 254), contacto que no solo refiere a la intimidad sexual, sino a la posibilidad de tramar vida y muerte en común. Así, las eróticas lésbicas en su sentido abierto, de intemperie, pueden ser alojamiento de paso para los deseos bisexuales, para sus ansias de hacer pie en ese cielo compartido.

Si tomamos en serio el epígrafe de este trabajo, donde Anzaldúa nos habla de la falsa separación entre la vida y escribir, este ensayo escritural es también un ensayo de encuentro entre una lengua tortillera y una lengua bisexual. Más allá de la comodidad identitaria, el encuentro sucede en la intemperie y, al mismo tiempo, permite transitarla. La propia escritura se vuelve entonces otra, la propia voz modificada, una reorientación del gesto y un descubrimiento conjunto. Entre bisexualidad y lesbianismo, la performatividad del encuentro puede hacer de esa cercanía (y esa distancia) un evento diferente cada vez, sin la comodidad del sillón de la norma (Ahmed) o la identidad (flores y Foucault), y entregado más bien a la promesa de lo abierto, aún en la repetición, pero siempre apostando –como decía Derrida– a la iteración. Eróticas lésbicas para una bi/sexualidad nómada puede ser, entonces, un ensayo que nos permite hacer pie en la frontera que divide, al tiempo que nos permite entramar(nos) y contagiar(nos).

Referencias

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: UNAM.

*Un cielo en común:
Eróticas lésbicas para una bisexualidad nómada*

- Anzaldúa, Gloria (2016). *Borderlands/La Frontera: la nueva mestiza*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Arnés, Laura et al. (2019). *Bisexualidades feministas. Contra-relatos desde una disidencia situada*. Buenos Aires: Madreselva.
- flores, val (2017). *La intimidad del procedimiento. Escritura, lesbiana, sur como prácticas de sí*. La Plata: Pixel editora.
- Foucault, Michel (1995). *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1996). *¿Qué es la ilustración?* Buenos Aires: La piqueta.
- Jordan, June (1995). *Affirmative acts. Political essays*. New York: Anchor.
- Jordan, June (2009). *Cosas que hago en la oscuridad*. Buenos Aires: Bajo la luna.
- Moraga, Cherrie y Castillo, Ana (1988). *Esta puente, mi espalda: voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. San Francisco: ISM Press.
- Wittig, Monique (2010). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.